



CARTOGRAFÍA DE LA GRAN GRIETA (CON LECTURAS COMO MOJONES)

CARLOS M. MORENO

Universitat Ramon Llull

Rebut: 2023-02-02

Acceptat: 2023-02-15

RESUMEN: En la cartografía de la Gran Grieta (con lecturas como mojones) se despliegan cinco rutas –*El abismo circular, la isla del yo, El ruido estruendoso, El desierto de lo humano y La fuga eterna*– donde el individuo quebrado elige al azar la ruta diaria de su desazón. A través de estas cinco rutas, se señalan los caminos que llevan al individuo quebrado al borde del abismo donde contempla admirado y desolado el mundo de su único yo. En dirección contraria, se señala una posible salida a este individuo quebrado habitante de los escenarios de la fragmentación.

PALABRAS CLAVE: cartografía, grieta, individuo quebrado.

Cartography of the Great Rift (with readings as milestones)

ABSTRACT: In the cartography of the Great Rift (with readings as milestones), five routes unfold - *The Circular Abyss, The Island of the Self, The Thunderous Noise, The Desert of the Human and The Eternal Fugue* - where the broken individual randomly chooses the daily route of his unease. Through these five routes, the paths that lead the broken individual to the edge of the abyss where he contemplates in admiration and desolation the world of his only self are pointed out. In the opposite direction, a possible way out for this broken individual, inhabitant of the scenarios of fragmentation, is pointed out.

KEYWORDS: cartography, crack, broken individual.

“Habitar el mundo es existir siempre en un trayecto, en una encrucijada”.

(JOAN-CARLES MÈLICH)

“Silencio y voz laten cada uno en el otro. El silencio despierta el deseo de voz, y la voz el de silencio. Quizá de la tensión del silencio surja la voz, o la tensión de esta haga aparecer aquel”.

(JUAN MAYORGA)

Introducción

Hace ya años tuvimos la oportunidad de escribir en *Ars Brevis*¹ un texto que quisimos titular *Los escenarios de la fragmentación*. Reflexionábamos sobre algunos escenarios de la sociedad occidental que empezaban a resquebrajarse generando unas grietas que socavaban cualquier atisbo de vida razonable, es decir, dialogada, argumentada, en común. En estos últimos tiempos, asistimos a la fragmentación infinita donde cada individuo es, en sí mismo, un escenario absoluto fragmentado en mil pedazos donde el vínculo con el otro –aquel que no es yo, ni *mí mismo solipsista* escenario– se urde extensivamente y en red virtual donde la intensidad no tiene cabida por exigente, por contumaz.

El individuo quebrado no es aquel *hombre sin atributos* (Musil, 1981) porque los tiene, pero está *enredado* en cinco gigantescas telas de araña que lo llevan, distraída pero jocosamente, a deambular, entre unas y otras, en un tránsito recurrente y anodino. El individuo quebrado despliega cotidiana y rutinariamente el mapa de la Gran Grieta y sonámbulo toma la primera ruta que se le antoja. Sin más: “Es lo que hay” es su mantra preferido. Siempre, por supuesto, a alta velocidad, de manera incierta, cambiante, ambigua porque –ya se sabe– el entorno es VICA para que todo sea más fácil, más llevadero, más soportable. Eso es, la (so)portable *levedad del ser* (Kundera, 2014) porque la insoportable ya no la aguanta más. No hay duda: todo ha de ser soportable –fácil, rápido, entretenido, divertido– y *portable*, sobre todo, *portable*. ¿A dónde? ¡Quién sabe! A cualquier lugar o a ninguno, ¡a útopos!

¹ Moreno, Carlos M., (1996). “Los escenarios de la fragmentación”, *Ars Brevis*, nº 1, pp.157-165. Càtedra Ramon Llull Blanquerna, Universitat Ramon Llull: Barcelona.

La cartografía de la Gran Grieta

La cartografía de la Gran Grieta lleva por rutas insospechadas, imposibles siquiera de imaginar un tiempo (no mucho) atrás, en el mundo –ya– del ayer (Zweig, 2001). Se fotografian las rutas, se suben al cielo global de cualquier red, para que sean vistas y ser, a la vez, observadas con temblor o belleza; se les pone un nombre llamativo para participar de esta quiebra que se consume y el individuo consume, cada día, a la espera ansiosa de muchos *likes*.

Son cinco las rutas en dirección a la Gran Grieta. El mapa las señala diáfanoamente: la primera ruta es la de *El abismo circular*; la segunda señala el trayecto hacia *La isla del yo*; la tercera lleva a *El ruido estrepitoso*; la cuarta, nos conduce a *El desierto de lo humano* y la quinta, indica el recorrido a *La fuga eterna*. Cinco rutas por donde existir que llevan a un único destino final donde el individuo quebrado es engullido por una grieta aún mayor: la Gran Grieta.

El abismo circular

 112

Hay abismo en la nada, en la circularidad efímera que siempre vuelve sin cesar. Y, sí, hay eterno retorno –Nietzsche *dixit*– porque los acontecimientos se repiten una y otra vez en el infinito *aburrimiento* (Ros Velasco, 2022) del transcurrir diario una y otra vez. El origen, la existencia y el final circulan, repetidamente, como un tiovivo sin fin. Las subidas y bajadas animan el viaje. Pero, tras la apariencia de alegría desbocada, provocada por la velocidad de los círculos –“¡A toda mecha!”–, el individuo quebrado se agazapa. La vida se cobra ‘sin-sentido’, sin dirección, tan solo la convulsión monótona de un girar que, al cesar, sume al individuo en el vértigo de una quietud total. ¿Qué hacer con esa quietud? Quietud que no es calma serena si no tensa espera para otro nuevo ‘bajón’ o ‘subidón’. El carrusel no se detiene. El individuo quebrado sufre sensación de pérdida, de desazón, de desorientación, ya que no le queda más que una huida hacia adelante, en pos del abismo. No hay dirección posible, solo espacios mínimos de razón, combate desigual entre el ser y el no ser; entre la nada y el todo, entre el vacío y la plenitud, extremos todos de este caminar hacia el sin fin circular, ciertamente, angustiante, desesperante. No cabe más que la amargura, la desilusión, *la náusea* (Sartre, 2016). Ya no hay argumentos por los que seguir en ruta, ni pasiones por las que moverse, ni tampoco vuelta atrás porque tampoco hay un ‘por venir’ adelante. Tan solo un eterno retorno, sin principio ni final, donde el individuo quebrado anda desorientado,

no en los *claros del bosque* al decir de Zambrano (1977) –“Mas el vivir humanamente, parece ser que sea eso, que consista en eso, en un anhelar y apetecer apaciguados por instantes de plenitud en *el olvido de sí mismo*, que los reavivan luego, que los reencienden. Y así seguirá, a lo que se vislumbra inacabadamente”– (1977, 30) sino en la oscuridad de *la emboscadura* (Jünger, 1998).

El corazón de las tinieblas (Conrad, 2012) late con más fuerza que nunca en un esforzado ascenso que es, a su vez, descenso mientras se pasa *una temporada en el infierno* (Rimbaud, 1999) hasta que, hastiado de latir, decide recorrer el tramo final, el más destructivo, el más trágico. La autoaniquilación está servida sin dilación ni excusas. El delirante vértigo atrae, llama al individuo quebrado a lanzarse al desconcierto sin temor, mientras juega con la destrucción haciéndose un *selfie* que le procure la admiración de quienes le miran y desean, a su vez, ser admirados.

El individuo quebrado no se soporta ni soporta que el otro sea, o no, como él. ¡Qué más da! Tolera más a quienes son como él; es *hater* de lo diferente, lo *expulsa* sin dilación (Byung Chul-Han, 2017) y busca su destrucción por mera diversión. No importa cuándo, dónde, ni de qué manera, la diferencia no tiene cabida porque apunta, directamente, a sus miedos, a sus inseguridades, a su rostro más tenebroso. Son, cada vez más, quienes optan por andar el abismo circular. ¡Total! Está todo perdido, ¡qué más da! Es la indiferencia radical.

La isla del yo

Tendrá razón Ordine (2022) cuando sostiene que “*Los hombres no son una isla*”. Como, quizás, también, la tenía Merton cuando, desde otra mirada, afirmaba algo similar: “*No man is an island*” (1955). O antes de ellos, John Donne (1572-1631). No sabe si, en efecto, eso es así, que “ningún hombre es una isla”, pero lo que, al menos, sí se sostiene es que los “clásicos ayudan a vivir” pero eso –sí– ya es otro trasunto.

Quando se pregunta por la caracterización de la sociedad, una de las afirmaciones recurrentes es que nuestra sociedad es una sociedad individualista. Se puede sostener, con escaso margen de error, que buena parte de la sociedad es individualista. Cada individuo –El Individuo– se convierte en el centro del mundo. Él es el centro de su mundo, su dueño y señor y el ‘otro’ individuo, el que está al lado –próximo– no ‘cuenta’ para nada, a no ser que sea un íntimo, esto es, un ‘próximo’ de verdad, sobre todo, emocionalmente, que es lo

que emerge cuando la razón se difumina. Y, a su vez, ese 'otro' es el centro de su propio mundo. La sociedad es, definitivamente, multi-voica.

La sociedad individualista –una simple suma de individualidades– sitúa a cada individuo en el centro de su vida con los demás, creando individualidades absolutas, cerradas y encerradas en sí mismas donde cualquier atisbo de salida es a cambio de algo o para defender los intereses de mi 'yo'. El 'otro' individuo está *off*, *out*, a no ser que sea en provecho propio porque el individuo quebrado se traga todo, no deja resquicio a la duda porque vive en la certeza –seguridad– de su propio yo sin límites. De hecho, esta sociedad individualista crea individuos aislados en sí mismos, centro del mundo y de su mundo que es el Mundo. Son pantocrátoreos en miniatura. Pequeños 'yoes' absolutistas tristes y mezquinos. Dictatorcillos al uso.

La ruta de la isla del yo es una ruta en soledad, pero no en solitario –¡oh, paradoja!– entre *la muchedumbre solitaria* (Riesman, 1981). Porque, habitualmente, son muchos quienes recorren, al tiempo, idéntica vía, pero sin prestar atención a los compañeros de trayecto y a quienes hacen igual recorrido. Ruta en solitario porque, efectivamente, cada 'yo' es una isla, cerrada en su acceso a los demás. Miles de millones de islas solitarias que conforman unos archipiélagos innumerables en una deriva que lleva a *Finisterre*, a los confines de la tierra, donde todo es páramo, desierto, paisaje desolado.

El ruido estruendoso

Es tanto el ruido estruendoso, que resulta ensordecedor. La ruta más concurrida es la del ruido. El individuo quebrado vive en el ruido. Se le hace difícil escapar de la ruta de este ruido estrepitoso. La vida corriente –sabe– está llena de ruido. Los ruidos están por todas partes e inundan todos los quehaceres cotidianos, desde los menores hasta los mayores. Los oídos se han acostumbrado al estruendo, a soportar tales tormentas de sonoridades entremezcladas que ahogan al individuo agrietado. Tanto es así que, si en algún momento se quedó ciego porque veía sin mirar, ahora está sordo porque ya no puede (ni quiere) oír; tampoco escuchar. Es muro.

Los ruidos como una sucesión de olas gigantescas han barrido todo atisbo de sensibilidad auditiva, de finura, que es donde se pueden percibir los matices de una búsqueda sin fin de un pensamiento siempre inacabado. Ciego y sordo deambula por una ruta sin dirección alguna: ¿a dónde ir?, ¿qué hacer? Practicidad e inmediatez radical. Aquellas otras tres preguntas de Kant quedaron, definitiva-

mente, atrás. Las dudas desaparecieron y tan solo quedaron respuestas inmediatas, urgentes que satisfacían la ansiedad del ahora. Todo empuja al hoy fugaz y desustanciado. Apenas le queda al individuo quebrado solo –una– voz tenue “que acoge esta cosa rara que es el *logos*, con el propósito de dar sentido al mundo: decir algo sobre sí mismo y para los demás”. (Pagés, 2022, 54) Decir en una voz que repara y anhela ante tanta sonoridad desbocada. ¿Se dejará escuchar? Mientras tanto, el griterío es cada vez más ensordecedor. Palabras como cuchillos afilados y envenenados. Tuits. “El desempalabramiento abre las puertas al vacío” (Mèlich, 2021,45). Quedan escasos resquicios para salir de esta ruta que horada, en el individuo quebrado, una grieta aún mayor. Asoma expectante la Gran Grieta.

El desierto de lo humano

La ruta a través del desierto de lo humano es cansina y agotadora. La humanidad se ha ido, poco a poco, diluyendo. Solo queda desierto, nada humano. El individuo quebrado se ha ido cargando de inhumanidad. El peso de la futilidad, del vacío, de la productividad, le arrastra sin orientación ni horizonte alguno aquel que elogió el escultor de la espiritualidad: “El horizonte está en todas partes...” (Chillida, 2003, 168). Anhela detener los *instantes* –también, los más sórdidos– como manera de mantenerse en esta ruta tan devastadora. ¿Qué le queda de ‘lo humano’? Quizás le resta *la penúltima bondad* (Esquirol, 2018), si es que la hubiera –junto con la última–, y si la maldad o la destrucción no estuviera, ya, corriendo por sus venas.

El desierto humano aniquila toda vida. Solo los seres más resistentes (Esquirol, 2015) sobreviven a una *vulnerabilidad* (Seguró, 2021) creciente. Mientras tanto, unos van cayendo y otros se dejan llevar hasta un final siempre impredecible. En el recorrer de esta ruta, la *fragilidad* (Mèlich, 2021) es extrema. Las quiebras, de toda índole, aumentan y el individuo explota en cientos de pequeñas grietas que acrecientan la escisión entre lo humano y lo inhumano. Por eso, lo humano ya no es demasiado humano, sino sencillamente, *humano, más humano* (Esquirol, 2021), ya que las heridas son múltiples e infinitas. Un combate desigual está ya dirimiéndose y se está lejos de averiguar el desenlace final. No faltan quienes predicen, en el *desierto* (Buzzati, 2012), lo que va a acontecer y, mientras tanto, el individuo quebrado se va descomponiendo, inexorablemente, hasta llegar a ser mero polvo mezclado con el camino. No quedó huella ni rastro de él. El desierto de lo inhumano lo aniquiló.

La fuga eterna

La ruta de la fuga eterna es un huir de la insufrible pesadumbre que le acecha. La escapatoria es un seguir hacia adelante sin desviarse del trayecto para dejar atrás aquel vacío que le cubre. Es un no parar. Arriba-abajo; abajo-arriba. Equipado con toda la tecnología a su alcance como propósito y distracción. Los días van transcurriendo a un ritmo tan acelerado que para continuar en esta fuga eterna necesita de todo tipo de artificios porque si no, le vence *la atracción del abismo* (Argullol, 1991). La fuga es de sí mismo. Es la desesperación lo que le hace fugarse. Ya no es capaz de pararse. No sabe cómo, ni dónde, ni cuándo. Su propia inercia vital le empuja por una ruta que es una huida hacia un destino sombrío. Desechado todo posible encuentro, la ira le va carcomiendo hasta tal punto que la violencia es un fin en sí misma. La ruta de la fuga eterna está llena de violencia.

El individuo quebrado es cada vez más violento. Ciego, sordo, casi mudo arremete contra todo y contra todos. La violencia es lo único que le libera, que le saca de su sí mismo insufrible. Lo hará bien armado con las tecnologías a su alcance y, de red en red, de ruta en ruta, vivirá en un laberinto donde no se vislumbra otra salida que deambular eterno hasta el momento final.

En dirección contraria

Esta cartografía de la Gran Grieta, del individuo quebrado, aquel que habita los escenarios de la fragmentación tiene, al menos, una lectura inversa. Otro individuo puede acontecer. Recapitulemos hacia atrás y vayamos en dirección contraria en las rutas emprendidas, al azar, en un día cualquiera. Aviso: ¿Qué significa ir en dirección contraria? Que se va *contra-dirección*; en *contra-sentido* de lo que señala el implícito acervo, comúnmente aceptado sin más por la masa. Hoy todavía no se llegó a *la rebelión de las masas* (Ortega y Gasset, 1999), aunque revueltas, conflictos, guerras recorren la geografía de innumerables archipiélagos.

El camino en dirección contraria a la ruta que conducía al abismo circular lleva a comprender que no hay acontecimiento vital igual, en todo caso, retazos de semejanza (y ni tan siquiera eso). Cada día es vida para conquistar que cobra gusto en la contemplación no del vértigo aniquilador, sino en la ampliación de espacios para la razón, también, poética. Individuo entero, al tiempo, del ser y del no ser, paradoja perfecta de la humana imperfección. Por eso, las dudas como sustento y, también, la incesante búsqueda de plenitud en lo fragmentario.

Hay instantes para la dicha, para el placer –*Eros y otros trazos* (Ardevól, 2022)– como los hay para las pasiones y la cordura. Sí, porque el sentido lleva ciertas dosis de cordura porque si no fuera así, ¿qué sería sino locura? La locura de tomar cualquiera de las cinco rutas señaladas en la cartografía de la Gran Grieta donde el individuo quebrado deja, definitivamente, atrás su humanidad. No, en dirección contraria, vemos que la humanidad del individuo puede y debe –¡recuperar a Kant!– estar presente. Con la pérdida de la humanidad, el individuo quebrado pierde su esencia más originaria, que puede alcanzar la forma pronunciada con una sola palabra: dignidad, “el concepto más revolucionario del siglo xx” (Gomá, 2019, 17) y –añadimos– del siglo xxi, junto con otro no menor que sacude al individuo entero, en lo más recóndito de su ser, y que es un verdadero *outsider* entre los conceptos fundamentales que dan razón de la humanidad: la alegría. Se sale del abismo circular con dignidad y alegría. Solo cabe observar un poco –tan solo, un poco– alrededor para entender lo disruptivo de estos dos conceptos.

En dirección contraria sí se penetra en *los claros del bosque* buscando esa luz, aquella claridad que permita ver mejor la realidad envolvente. Adentrarse en el bosque como *paseantes solitarios entre un mar de árboles, los que nos quedan* (Andrés, 2020) y, así, poder comprender mejor el horizonte insinuado y aquel trazado con otros.

ÁRBOLES FINALES

Los árboles que nos quedan son aquéllos,
los todavía no alcanzados. En sus claros se decide
qué sombra infundir en cada uno de nosotros.
Tienen, a su modo, una voz de llamada hacia arriba,
Como el que arquea las manos en torno a la boca
Para ser oído en lo más alto y pedir que alguien
se haga cargo de los que estamos aquí. Ultimados.
Todo árbol cobija a un muerto y lo mantiene
en la savia, lo hace suyo y lo ampara, le da un suelo
de corteza y de hojas caídas para él.
Los bosques pueden salvarse en los que han sido,
Quiero decir, en el recuerdo que guardamos de ellos.
Tendrá un hogar en el color del haya quien los defienda.
Hay árboles que parecen anteriores a la tierra,
los robles, los tejos, por ejemplo, arraigados en una mano perdida
y mortal que quiso hacer el mundo y no pudo.
Escuchadlos en sus ramas; nos avisan, aconsejan.
Son las obras completas del reposo. (Andrés, 2020, 79-80)

El esfuerzo es enorme porque se va contracorriente, sin embargo, una sensación de calma alcanza a todo el ser porque *el corazón de las tinieblas* encontró luz en su navegar turbulento. Se descubrió a los otros, dejando el rencor atrás. Lo diferente ya no es objeto de destrucción, sino de comprensión de una realidad más profunda que la meramente vista u observada. Los miedos, las inseguridades siguen estando presentes, pero los rostros que se muestran son *otros* rostros. Los artilugios inteligentes ya no son imprescindibles para seguir existiendo. Al contrario, se decide prescindir de todo aquello que se considera un obstáculo para dar paso a una mayor libertad *inventada* (Arnau, 2016).

Los *selfies* se diluyen ante la mirada de los ‘otros’. En el cruce de miradas, es el humano el que aparece, o todavía mejor, la humanidad es la que está presente. Y esta viene siempre acompañada de un reconocimiento mutuo. En la intersección de miradas está el ‘nosotros’. Sin este *re-conocerse* en el otro que es un conocer repetido, un *reconocer-se*, mutuamente, en y atravesando al otro, no hay humanidad posible; no hay encuentro posible; no hay ‘nosotros’. Con los otros se sale de la isla del yo y se puede empezar a construir *un mundo en común* (Garcés, 2013). Por eso, los intentos denodados por ocupar espacios públicos donde asentarse para escapar de la tautológica individualidad de la isla del yo. En las plazas hay reivindicación, encuentros, juegos y paseos, en definitiva, vida.

118

La ruta de salida al ruido estruendoso pasa por adentrarse en una quietud que, en ocasiones, inquieta. El individuo quebrado, acostumbrado a tanto estrépito diario, no acaba de saber qué hacer con la quietud. Reducir la marcha de alta velocidad requiere, sobre todo, de disposición y de aquella *voluntad misteriosamente perdida* (Marina, 1997). No es fácil porque en la contemporaneidad, las urgencias, las prisas, la más extrema inmediatez están a la orden de la cotidianidad. Ir en dirección contraria, reduciendo la marcha, bajando a ritmos más lentos, requiere pausar y pausarse, en un esfuerzo considerable: “La lentitud intenta huir de lo cuadrulado; se arriesga a trascender lo meramente funcional y utilitario; elige en más ocasiones convivir con la vida silenciosa; registra los pequeños tránsitos de sentido, las variaciones de sabor y sus minucias fascinantes, el palpar íntimo y diverso que puede tener luz” (Tolentino, 2017, 9).

La quietud es la que, en un estadio más profundo del ser, lleva a la serenidad. “Para vivir sereno el hombre ha de ampliar el horizonte de lo meramente empírico y aspirar a cimas espirituales en la que se respira el espíritu libre” (Sonnenfeld, 2018, 30). Vencer *el miedo a la libertad* (Fromm, 2004). La serenidad, junto con la pausa, per-

mite calmar al cuerpo tan agitado. El primer encuentro por deshacerse del estruendo, es con el cuerpo. Conocer los ruidos que llegan, desde fuera, colándose en el cuerpo; descubrir los ruidos del propio cuerpo, de las entrañas; aquietar los ruidos mentales que anegan cualquier indicio de lucidez. Todo ello acercará al individuo quebrado a un espíritu que será acceso de salida al ruido estruendoso y puerta de entrada a una profundidad liberadora, a una espiritualidad que le reconcilia consigo mismo, con su propia humanidad. Puede ser una espiritualidad conectada con el arte como en Kandinski (2022) o con la naturaleza en románticos como Caspar David Friedrich o con los otros, como sostienen corrientes filosóficas o diferentes tradiciones religiosas. Esa espiritualidad solicita silencio. Ir en dirección contraria al ruido incesante es anhelo de silencio. La sed de silencio apacigua las convulsiones generadas por el estruendoso ruido. Dentro del silencio, el hombre quebrado recupera lo originario de su condición, aquello que le aproxima a su esencia más primigenia. Es en el profundo silencio de sí, de lo 'otro' donde encuentra la armonía perdida.

La salida del desierto de lo humano es agotadora. Ir en dirección contraria al desierto humano es convertir el caminar por la vida en una vida con sentido o en una *vida lograda*. (Llano, 2017). Poco que ver con una vida tan solo ocupada, ni llena de acontecimientos o eventos que recorren el desierto de lo humano. La salida del desierto de lo humano implica la reconstrucción real, en el camino, de lo que es, específicamente, humano. Recomponer todo lo que el individuo quebrado perdió enredado en una espiral de espectacularidad porque así lo marca el canon de la contemporaneidad: lo opuesto a la vorágine de la *ex-posición*, a la futilidad de los tiempos perdidos, a lo llamativo y adictivo. Quizás, recupere *todo cuanto era sólido* (Muñoz Molina, 2013).

Es farragoso desengancharse de lo que impide una vida más intensa, equilibrada, en paz consigo mismo y con su entorno. Cuando se halla la paz y la plenitud, el desierto empieza a transformarse en un vivir luminoso, diáfano, como en *Las hilanderas* de Velázquez. Si hay desierto, es en soledad consentida, en distanciamiento deseado. Si el desierto cede a lo plenamente humano, otras realidades fructifican. Son realidades más acordes con la condición humana. La salida del desierto de humano está en recoser, una a una, pacientemente, todas las grietas que se abrieron en el ser hasta llegar a lo irrenunciable entero de la humanidad. El trayecto de salida lo ha de buscar cada individuo. Es único y original pero cuando se emprende, ya no hay vuelta atrás, porque se va camino de la humanidad.

No hay fuga ni posible escapatoria, tampoco eterna. El individuo no puede huir de sí mismo. Ha de cargar con su humanidad, la suya propia y si le queda un mínimo de dignidad, también, la de los demás, al menos, la de los más cercanos. Ha hecho dejación de su esencia impulsado por una sociedad que le ha cercenado su humanidad. Sin embargo, sopla suavemente un ventorrillo de aire fresco, nuevo, cargado de esperanza, portador de un individuo *humano más humano*. Puede que no hubiera otra salida a ese laberinto de cinco rutas de final incierto, devastador. Puede que ese hálito de humanidad encendida fuera efecto rebote de la saturación, de lo cansino de una realidad tan inhumana. O, quizás, puede y tan solo puede, fuera consecuencia de un infinito bostezo que no dejó, al individuo quebrado, más salida que la recuperación de sí con los otros. Es *tiempo de cuidados* (Camps, 2021). Llegó el momento. Ahora. No cabe esperar más. Los *herejes* (Pau, 2020) son imprescindibles.

Bibliografía

120

- ANDRÉS, R. (2020). *Los árboles que nos quedan*. Hiperión: Madrid.
- ARDÉVOL, S. (2022). *Eros y otros trazos*. La Isla de Siltolá: Sevilla.
- ARGULLOL, R. (1991). *La atracción del abismo*. Destino: Barcelona.
- ARNAU, J. (2016). *La invención de la realidad*. Atalante: Girona.
- BUZZATI, D. (2012). *El desierto de los tártaros*. Alianza editorial: Madrid.
- CAMPS, V. (2021). *Tiempo de cuidados. Otra forma de estar en el mundo*. Arpa: Barcelona.
- CHILLIDA, E. (2003). *Elogio del horizonte. Conversaciones con Eduardo Chillida*. Destino: Barcelona.
- CONRAD, J. (2012). *El corazón de las tinieblas*. Alianza Editorial: Madrid.
- ESQUIROL, J. M^a. (2015). *La resistencia íntima. Ensayo de una filosofía de la proximidad*. Acantilado: Barcelona.
- ESQUIROL, J. M^a. (2018). *La penúltima bondad. Ensayo sobre la vida humana*. Acantilado: Barcelona.
- ESQUIROL, J. M^a. (2021). *Humano, más humano. Una antropología de la herida infinita*. Acantilado: Barcelona.
- FROMM, E. (2004). *El miedo a la libertad*. Paidós: Barcelona.
- GARCÉS, M. (2013). *Un mundo en común*. Edicions Bellaterra: Barcelona.
- GOMÁ, J. (2019). *Dignidad*. Galaxia Gutenberg: Barcelona.
- HAN, BYUNG CHUL-HAN. (2017). *La expulsión de lo distinto. Percepción y comunicación en el mundo actual*. Herder: Barcelona.
- KANDINSKI, V. (2022). *De lo espiritual en el arte*. Paidós: Barcelona.

- KUNDERA, M. (2014). *La insoportable levedad del ser*. Tusquets: Barcelona.
- LLANO, A. (2017). *La vida lograda*. Ariel: Barcelona.
- MARINA, J. A. (1999). *El misterio de la voluntad perdida*. Anagrama: Barcelona.
- MÈLICH, J. C. (2021). *La fragilidad del mundo. Ensayo sobre un tiempo precario*. Tusquets: Barcelona.
- MERTON, T. (1955). *No man is an island*. Ed. The Abbey of Our Lady of Gethsemaní.
- MUÑOZ MOLINA, A. (2013). *Todo cuanto era sólido*. Seix-Barral: Barcelona.
- MUSIL, R. (1981). *El hombre sin atributos. Vols. I, II, III y IV*. Seix Barral: Barcelona.
- ORDINE, N. (2022). *Los hombres no son islas: Los clásicos nos ayudan a vivir*. Acantilado: Barcelona.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1999). *La rebelión de las masas*. Alianza ed.-Revista de Occidente: Madrid.
- PAGÉS, A. (2022). *Queda una voz*. Herder: Barcelona.
- PAU, A. (2020). *Herejes*. Trotta: Madrid.
- RIESMAN, D. (1981). *La muchedumbre solitaria*. Paidós: Barcelona.
- RIMBAUD, J. A. (1991). *Una temporada en el infierno*. Montesinos: Barcelona.
- ROS VELASCO, J. (2022). *La enfermedad del aburrimiento*. Alianza editorial: Madrid.
- SARTRE, J. P. (2016). *La náusea*. Losada: Buenos Aires.
- SEGURÓ, M. (2021). *Vulnerabilidad*. Herder: Barcelona.
- SONNENFELD, A. (2018). *Serenidad. La sabiduría de gobernarse*. Rialp: Madrid.
- TOLENTINO, J. (2017). *Pequeña teología de la lentitud*. Fragmenta editorial: Barcelona.
- JÜNGER, E. (1998). *La emboscadura*. Tusquets: Barcelona.
- ZAMBRANO, M. (1977). *Claros del bosque*. Seix-Barral: Barcelona.
- ZWEIG, S. (2001). *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*. Acantilado: Barcelona.

Correspondència**Carlos M. Moreno**

Facultat de Psicologia, Ciències de l'Educació i de l'Esport Blanquerna
Universitat Ramon Llull
carlosmp@blanquerna.url.edu